

Berlín

María Wieden Berenguer

Berlín siempre me había parecido una ciudad gris y con muchas grietas en todos los sentidos. Un lugar lleno de historia donde la mía no parecía que fuera a encajar o, mucho menos, interesarle a alguien. Especialmente, porque imagino que contada en alemán debe perder un poco. Por eso fue tan raro llegar y que brillara el sol.

Estaba en el lugar correcto porque Google me lo había reafirmado alrededor de quince veces y el nombre en mi pantalla coincidía con el de la parada: *Tiergarten*. Yo no era más que la figura de pelo oscuro detrás de la gigantesca maleta verde, muy verde, que llevaba “todo lo necesario para empezar mi propia vida”. Por supuesto, tuve que pagar el sobrepeso.

La experiencia Erasmus hasta el momento había consistido en una cantidad de papeles insufrible que otra insufrible cantidad de gente tenía que firmar para asegurarse de que todo estaba en regla. Eso y meter “todo lo necesario para empezar mi propia vida” en una maleta cuyas medidas desconozco, pero, en cualquier caso, pequeña. Además era necesario encontrar un lugar más o menos habitable al que llamar “casa”.

Este último elemento resulta ser uno de los principales problemas en las grandes ciudades europeas en general y en Berlín en particular. Es por ello que tras varios meses de correos electrónicos en todos los idiomas de los que dispongo, sin respuesta alguna, me encontraba ahora en la puerta de una residencia de estudiantes. Mi única opción. La firma del contrato, la entrega de llaves y del pack de sábanas y colcha fueron rápidas. Piso 6, habitación 13.

Ocho optimistas metros cuadrados con una ventana enorme me dieron la bienvenida. Lugar habitable, estaba en casa. O algo así. El edificio era conocido por ser el que albergaba a los estudiantes internacionales y su fama le precedía según la mayoría de la comunidad universitaria. Contaba con siete plantas. Cada una de ellas con 22 habitaciones, dos cocinas de salubridad dudosa, dos baños y tres salas para la ducha. También había una especie de habitación principal o distribuidor desde la que se accedía a los pasillos de los cuartos, las cocinas y a donde llegaba el ascensor, centro neurálgico de la residencia.

No fue difícil conocer a alguien. Todos estábamos llegando y solo hacía falta pasar algo más de 30 segundos en la sala común para encontrar a alguien. Durante las dos primeras semanas nuestras actividades principales eran limpiar y entablar conversación con cualquier persona a la que uno se encontraba ya que todo el mundo era un amigo en potencia. Al poco tiempo, con ayuda de la inseguridad que produce ser nuevo en un lugar y las hormonas características de los 20 años, ya no estaba sola en Berlín. Tras solo una semana ya estaba en otro mundo.

Cada planta de la residencia tenía su propia idiosincrasia y el ascensor cumplía la función de mediador entre las distintas culturas. Los tres primeros niveles aún no habían sido reformados como el resto, por lo que tenían en común el color ocre de las paredes y la versión anterior de las basuras comunes. Nunca frecuenté demasiado ninguno de los tres primeros pisos porque me parecía una pena estar tan cerca del suelo en una ciudad semejante.

La cuarta planta parecía ser un punto intermedio. La gente iba y venía más que en el resto de polis del edificio. En esta planta vivían muchos amigos y alguien de quien creo poder admitir ahora que me enamoré. Nada grave, nada serio, nadie necesitó ser hospitalizado.

La sexta, sin embargo era terreno seguro. Siempre olía a comida y la banda sonora típica solían ser cucharas, platos y vasos que se chocaban o insultos en italiano. Nunca recibimos quejas, sin embargo. En parte porque la quinta era más bien un lugar tranquilo, nunca se escribieron historias al respecto, y era extrañamente silenciosa y en parte, porque la séptima planta era el lugar donde todos íbamos a morir los viernes.

Los viernes se moría y con un poco de suerte no te enterraban solo. Por eso los sábados perdieron el derecho de tener mañana. Los domingos eran excusas y paseos por la ciudad. Los lunes eras temidos y el resto de la semana iba variando en función del frío y las horas de luz que Berlín te regalase. Nunca fue una ciudad muy generosa, todo sea dicho.

La vida en la residencia era un universo propio. Al salir a la calle parecía necesario recordarse a uno mismo que el mundo real seguía allí y que no siempre había té en la despensa para compartir ni visitas nocturnas. Posiblemente eso fue lo más difícil a la vuelta. La sensación del tiempo que volaba entre las plantas.

Dicha vuelta no tardó en llegar. Supongo que me pilló por sorpresa porque el tiempo pasaba a una velocidad distinta en nuestra madriguera. Las semanas eran escasos segundos o interminables horas de frío, no había un punto medio. Sin duda, ese lugar fue hogar de extremismos de todo tipo, pero hasta las mejores revoluciones acaban.

Hoy vuelvo a estar tras esa maleta verde. Con la revolución en el cuerpo porque ya he entregado las llaves de la habitación y no quedaba nada que pudiera demostrar mi paso por la residencia. Las revoluciones también pueden ser silenciosas.

La Universidad quedaba ya lejos y desde la ventana del S-Bahn parecía muy pequeña. Ahora mi avión sale en unos 30 minutos y llevo todo lo necesario para empezar mi propia vida aunque esta vez en una maleta de vuelta a casa.